

Mansilla, M. y Orellana, L. (2019). *Evangélicos y Política en Chile, 1960-1990. Política, apoliticismo y antipolítica*. Santiago de Chile, RIL Editores. 201 pp.

Reseña de Libro

Por

Esteban Quiroz González*

Universidad de Chile

Este libro, si bien trata de un pasado que terminó hace casi treinta años, es un texto que responde a preguntas, mitos y realidades que siguen vigentes tanto dentro de la sociedad como incluso dentro de los propios evangélicos sobre las posturas políticas asociadas hacia ellos:

Primero hace un análisis sobre la idea del apoliticismo pregonada por algunos evangélicos, mostrando su falacia: el pretendido apoliticismo es en realidad una forma de política, es una posición política igualmente, que sustenta ideologías y gobiernos no transformativos sino más bien conservadores y reaccionarios, y luego de derechas en nuestras tierras, e intenta explicar no solo sus orígenes históricos (los misioneros norteamericanos y el desencanto político de los sectores más postergados que representan los pentecostales) sino también sus modalidades: como una táctica para no sufrir una voraz persecución por parte del poder que se niega al cambio y el cuestionamiento; y también como resultado de un desencanto de lo transformativo, por creerlo incapaz de otorgar respuestas y soluciones, por mirarlo como corrupto y peligroso para las personas mayores, lo que lleva a mirar a las políticas de tipo izquierdista como “política” mientras que a las políticas de tipo derechista como “neutralidad”, y que deviene en la actual libertad que tienen los evangélicos de derechas para serlo, y el miedo o persecución que tienen los de izquierda para confesar que lo son.

Derribado ese mito y establecida la genética políticamente conservadora del apoliticismo, explica que previo a los años sesenta los evangélicos tenían claras vinculaciones con el socialismo, pues apuntaban a un mismo tipo de personas cuales eran los sectores

* Licenciado en derecho y abogado de la Universidad de Chile. Profesor ayudante en el curso de derecho administrativo en la facultad de derecho de la Universidad de Chile. E-mail: estebanquiroz91@gmail.com

populares que vivían en la exclusión, y destaca que esa coexistencia fue no solo pacífica sino compatible, pues había perfectamente evangélicos y pastores que eran ambas cosas a la vez. Sin embargo, explica las desconfianzas surgidas entre ambos grupos, primeramente por cuanto los políticos no les cumplían sus promesas de igualdad religiosa en un contexto de sentimiento de inferioridad con el catolicismo, y también por la influencia que comenzaron a tener los evangélicos estadounidenses, que llevaron a mutuas descalificaciones entre ambos bandos: la izquierda acusándolos de ser instrumentos de los intereses imperialistas extranjeros, y por ende, para la izquierda radical en la acusación de ser “opio del pueblo”; mientras los evangélicos los comenzaron a acusar de ser marxistas y luego ateos anticristianos, eventualmente perseguidores del cristianismo. Acusaciones que por su sola formulación tendían a agudizarse mutuamente. En ese sentido, levantan una crítica y un origen a los prejuicios de ambos grupos.

Consecuentemente, habla de los evangélicos que dieron su apoyo a Pinochet a través de la carta de apoyo de 1974 (Portalazo), en el que un grupo minoritario pero significativo comunicacionalmente de pastores dieron su respaldo a la dictadura cívico militar, haciendo un análisis tanto de su contenido como de sus razones históricas y sociales, entre las que destaca por una parte este problema en la relación evangélico/socialista; en otra por un profundo miedo al régimen, a perder su personalidad jurídica de derecho privado, a recibir persecución dictatorial; también da a entender –aunque no centralmente- que lo justificaban diciendo que era un intento por salvar a algunos pastores y evangélicos izquierdistas detenidos en los campos de concentración (lo cual, aunque salva vidas, tiene una cuota importante de infamia al dedicarse a salvar a unos pocos por su relación de parentesco religioso, negando lo que sabían pasaba realmente); y al oportunismo político, emanado de ese complejo de inferioridad evangélico que busca legitimarse como religión oficial “no despreciada” por el poder, que se vio en la posibilidad de que el Jefe de un Estado no solo asistiera a algún culto, sino también les diera iguales derechos y estatus, cosa que en todo caso no se cumplió, y se pagó con el precio de relativizar la vida y apoyar a un gobierno genocida.

Luego hacen un análisis de la otra carta llamada “Carta Abierta a Pinochet” presentada por un grupo también minoritario pero activo y a la vez invisibilizado de pastores en contra de la dictadura (aunque fueron unas 6 las que se presentaron), a través de la Confraternidad Cristiana de Iglesias “CCI”, quienes en un acto de valentía tuvieron una importante actividad en defensa de la vida, de denuncia de la injusticia, el hambre, la miseria, la violencia estatal y un llamado a la democracia durante la brutal crisis económica y social que generó la dictadura en los ochenta a través de un gigantesco aumento de la cesantía, el hambre, la delincuencia y la drogadicción. Analizan así los fundamentos teológicos, ideológicos y políticos de los evangélicos (mayoritariamente pentecostales) que se opusieron a la dictadura, reclamando por la invisibilidad que tiene esta carta que llaman “la carta bendita” en relación con la marcada visibilidad que tiene la otra carta que llaman “la carta maldita”.

Este libro además de su gran calidad analítica también se constituirá parte de la propia política evangélica actual, por cuanto es una verdadera protesta dentro del campo de las ciencias sociales hacia lo evangélico, pues no solo invita a una desinvisibilización dentro del estudio social haciéndolos un objeto de estudio serio, sino también reclama que existen marcados sesgos dentro de las ciencias sociales en los análisis hacia lo evangélico, derribando una serie de mitos que no solo la sociedad y la prensa levanta sobre ellos, sino también un mito que ellos mismos se han creído: que ser evangélico es apoyar las dictaduras asesinas de Latinoamérica, que es defender los intereses del poder económico norteamericano disfrazado de misioneros apolíticos, que es defender la visión conservadora de la oligarquía. Y lo hace intentando explicar los motivos tras los evangélicos que efectivamente tomaron ese camino, mostrando con claridad a aquellos que optaron por luchar por la vida, por la paz, y contra la opresión. Hace justicia así a la diversidad de lo evangélico y sus relaciones con la política, que son más amplias, largas, y heterogéneas que lo que se cree.

Este análisis y protesta debería además tener un efecto notable dentro del mundo académico y social chileno y tal vez latinoamericano pues versa sobre una materia que cada vez toma más relevancia, como es “evangélicos y política”, pudiendo significar una apertura y una visibilización de la diversidad evangélica y de aquellos evangélicos que sí han tenido una participación en favor de los valores democráticos y del respeto a la persona humana con independencia de sus afinidades políticas, las que -de acuerdo con el evangelio y los más mínimos sentimientos humanitarios- no deben ser exterminadas, asesinadas, torturadas ni exiliadas.

Como crítica diría una, y es que creo que al centralizar el análisis en dos cartas, en dos declaraciones, perdemos un poco de lo que es la práctica política. Por una parte se analiza la carta favorable a Pinochet de 1974, en la que participaron líderes de iglesias que se restarían claramente de la misma, como la Iglesia Evangélica Pentecostal que se aislaría luego de esa carta y no volvería a participar de nada semejante; o como los líderes bautistas que dirían después que la firmaron bajo engaño; o como la misma Iglesia Metodista que se pasaría rápidamente al otro bando, siendo una iglesia profética que luchó contra la dictadura. En cambio, no entra en el análisis de cuán pinochetistas se mantuvieron otras iglesias como la Iglesia Metodista Pentecostal del obispo Javier Vásquez Valencia, que año tras año apoyaría el régimen Pinochetista en el “tedium”, señalando a pocos días del plebiscito que conocía la violencia del régimen pero que la prefería antes que la democracia, a la que miraba como un retroceso en la libertad que estaba gozando. Por otra parte, al analizar solamente la carta de rechazo a Pinochet, y no entrar en datos duros sobre la resistencia a la dictadura como fue la ayuda social entregada directamente a los perseguidos y necesitados por instituciones como FASIC, CONAR, SEPADE, etc., instituciones ecuménicas de marcada presencia evangélica también se omite este importante elemento.

Pareciera así que el asunto se centraliza detalladamente en la suscripción de estas dos declaraciones opuestas, mas no entra en tanto detalle sobre la obra directa de estas instituciones que, de un lado legitimaron una y otra vez la violencia estatal no sólo en 1974 sino en forma permanente, y del otro lado salvaron muchas vidas y ayudaron a gente en

necesidad, y participaron de la recuperación de la democracia y los intentos de justicia, verdad y reparación posteriores. Creo que referencias más detalladas de estos elementos hacen falta para, por una parte destacar cuán faltas de arrepentimiento y viciadas siguen ciertas iglesias que relativizaron la vida y los valores cristianos esenciales en la época de la dictadura, y sobre todo también para destacar más a las iglesias resistentes que lucharon por ella y visibilizar también la figura de ciertos pastores y hermanas que llevaron este asunto, lo que es relevante para esta protesta de visibilización de los evangélicos que optaron por la justicia, pues todo el mundo conoce a la Vicaría de la Solidaridad, pero pocos a la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, todos conocen al cardenal Raúl Silva Henríquez, pero pocos conocen a un obispo Helmut Frenz, a un obispo Isaías Gutiérrez; muchos conocen a Sergio Valech, pero pocos a Humberto Lagos, a Juana Albornoz o a Juan Sepúlveda. Aquello sería relevante para disputar mejor la anhelada visibilización que busca el texto de aquéllos que hicieron el bien.

El libro deja también abiertas dos puertas, una es lo mucho que deberían los evangélicos valorar la democracia, esto pues los pastores que optaron por apoyar a la dictadura, relativizando la vida, lo hicieron -entre otros- por miedo a la brutalidad dictatorial y además con oportunismo esperando recibir de ella igualdad religiosa, pero no lo consiguieron, logrando cosechar solamente réditos políticos para la Catedral Metodista Pentecostal de Estación Central donde quedó radicado el “Tedeum” y el aparente liderazgo evangélico a precio de la (mala) fama -publicitada por la propia dictadura que controlaba los medios de comunicación- de que los evangélicos son pinochetistas. En cambio, en democracia se consiguió la anhelada ley de culto y avances en igualdad de trato con los católicos, así como antes también se consiguieron en democracia los primeros derechos civiles de los evangélicos (matrimonio, cementerios, libertad de predicación, separación iglesia y Estado, etc.), a pesar del mito levantado por el conservadurismo evangélico de que con la democracia y los gobiernos de la Concertación llegaría el fin de la libertad para predicar (en la calle) y caeríamos en el “ateísmo de la izquierda y sus doctrinas foráneas”. Por lo cual resulta evidente que la democracia ha sido, aunque a veces bastante lenta, la manera más clara en la que los evangélicos -como minoría- se han abierto camino, pues en realidad solo en un contexto de democracia y de derechos fundamentales las minorías sin poder económico, social o cultural tienen posibilidades de recibir algo de respeto, como es el caso evangélico.

Y por otra parte, el comentario final del libro sobre las vinculaciones evangélicas actuales con la derecha, al insinuar que la derecha chilena si bien se vale del apoyo de los sectores evangélicos visibilizados desde la dictadura que le apoyan, en realidad aun no consiguen más que la instrumentalización, pues el evangélico sigue teniendo rostro de trabajador, indígena y campesino, y no forma parte de la elite que la derecha tanto liberal como conservadora y endogámica representa, y que en la práctica termina teniendo y monopolizado los puestos de verdadero poder, es decir, da a entender que se vive un proceso similar quizá al vivido por los evangélicos y la izquierda de los sesenta: promesas de igualdad y poder que se quedan en realidad en la sensación bien fundada de simple búsqueda de votos, cuestión que solo veremos con el paso de los siguientes periodos políticos.

Revista Cultura & Religión Vol. XIII, 2019 N° 1 (enero-junio)

Cómo citar esta reseña: Quiroz, E. (2019). [Reseña del libro *Evangélicos y Política en Chile, 1960-1990. Política, apoliticismo y antipolítica*, por M. Mansilla]. *Revista Cultura & Religión*. Vol. 13(1). pp. 129-132.